



GARRUJE RUSO.

AL SEÑOR DON JOSE PICON

EN REFUTACION DE SUS CRÓNICAS HISTÓRICAS DE LOS PRINCIPALES
MONUMENTOS Y EDIFICIOS DE SALAMANCA.

Entusiastas por la ciudad que nos vió nacer, con sentimiento hemos visitado sus solitarias ruinas, y vemos con dolor desmoronarse los mas expresivos símbolos de sus pasadas glorias. Salamanca, olvidada de los artistas, porque no se han acercado á estudiar sus bellezas, apenas debía un recuerdo sino á algunos de sus hijos que se atrevían á reconstruirla en su ardiente imaginacion, para comprender mejor los brillantes hechos con que ha enriquecido la historia, y las causas de su grandeza y poderío; esfuerzos no muy eficaces, porque desarrollados en una reducida esfera, bastaban apenas á satisfacer la necesidad que todos sentimos de gozar con la presencia, siquier sea imaginaria, de la belleza que amamos.

En el año próximo pasado, cuando ya parecia infundada toda esperanza de que hubiera quien se acordase de nuestras ruinas, se verificó en Salamanca una expedicion artistica compuesta de jóvenes discípulos de la Escuela Especial de Arquitectura, jóvenes que entonces probaron sus sobresalientes dotes, que trabajaron con entusiasmo digno de un porvenir brillante, y de quienes todo salmantino hablará siempre con elogio.

Al poco tiempo aparecieron en *La Nacion* del 25 de julio del mismo año unos artículos encabezados con el epígrafe de Crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca, que se decía ser debidos á la amabilidad del joven arquitecto don José Picon, uno de los mas distinguidos de la Escuela Especial, y que tuvo parte en dicha expedicion artistica. Salamanca en la adversidad empezaba á gozar de los recuerdos justamente debidos á su pasado brillo; surgia de entre sus ruinas; eran copiados fielmente sus monumentos, y su historia llenaba las columnas de los periódicos. Con avidia leímos las crónicas históricas; elogiamos desde luego la buena intencion de su autor; pero como este no se ha limitado á copiar algunos de los muchos errores que por desgracia circulan acerca de la capital de la antigua Vettonia, sino que por ligereza (nunca hemos creído que con premeditacion) ha forjado otros, juzgamos que no serán inoportunos algunos avisos, á fin de pero suadirle de que para escribir historia en nuestra patria necesita consultar muchos libros; sin olvidar la triste verdad de que abundan en errores.

Ante todo confesamos desconocer al P. Dorado que se cita en las crónicas históricas como uno de los autores que han tratado de Salamanca, y creemos de buena fe que habrá sido confundido con don

Bernardo Dorado, cura propio de la Mata de la Armuña, quien en esta misma ciudad publicó su compendio histórico por los años de 1776. Tampoco hemos podido hallar los manuscritos que se dicen existentes en la biblioteca de esta Universidad y que tan curiosos datos han suministrado al cronista, segun confesion propia.

Recorramos ya las principales crónicas históricas, usando de lo mismos epígrafes y órden que su autor.

SALAMANCA.

No nos detendremos en combatir los muchos errores que consigna en pocas palabras el señor Picon, tratando del nebuloso origen de nuestra ciudad; le remitimos al artículo que en los números 30 y 31 de la Revista Salmantina tuvimos el gusto de publicar sobre punto tan curioso; pero como nuestras razones serán desautorizadas ante los respetados testimonios de los señores Gil Gonzalez Dávila y Dorado, le recomendamos la lectura del artículo que sobre nuestra ciudad publicó el señor Madoz en su Diccionario geográfico, ó de cualquier otro, escrito con alguna crítica, sobre el mismo asunto, y quedará convencido de que Justino no se acordó de Salamanca, al menos en sus escritos, y de que es una fábula despreciada ya la venida de Teucro á esta ciudad. Ridiculeces tan desautorizadas no merecian á la verdad ser dadas á la prensa á mediados de un siglo que puede gloriarse de haber adelantado mucho en investigaciones históricas.

Dice el historiador de la expedicion artistica que tiene Salamanca 13 puertas: trabajo nos cuesta descender á estas puerilidades: en época remota parece que en efecto tuvo esta ciudad 13 puertas; cuando escribía el señor Dorado solo eran 11, y en la actualidad no pasarán de 9 contra todos los esfuerzos reunidos del cronista. ¿Habrá despues de esto quien crea, sin necesidad de decirselo, que el autor de las crónicas históricas fue uno de los que formaron parte de la expedicion artistica verificada á Salamanca en el año 1833?

Nos desagrada sobremanera que éstos desordenados renglones hayan de resentirse de la aridez de una impugnacion para detenernos en probar numéricamente al nuevo cronista que está exagerado al hablar de Salamanca en la época de su mayor esplendor; pero no vacilamos en asegurar que le será imposible comunicarnos los nombres de las cuarenta y seis parroquias y veinticinco conventos de monjas, con que segun él se ornará á la par esta pequeña Roma.

A los pocos renglones hallamos otro desliz; se dice, hablando del eminente lirico español Fr. Luis de Leon, que en Salamanca estuvo encerrado dos años por órden del Santo Oficio. Fr. Luis de Leon solo fué detenido aqui algunos dias en la posada del señor inquisidor Diego Gonzalez; en 26 de marzo de 1572, el Santo Oficio espidió contra

5 DE DICIEMBRE DE 1854.

él mandamiento de prision con secuestro de bienes; y ya en el 27 del mismo mes y año llegaba á las cárceles de Valladolid, acompañado del familiar Francisco de Almansa, donde estuvo preso hasta el 7 de diciembre de 1576 en que fué absuelto. ¡Ligeras erratas de tiempo y de lugar!

Nada diremos de la caballerescas pintura de nuestra ciudad que á continuacion hallamos, porque en lo que no pueda perjudicar demasiado á la verdad histórica, somos bastante tolerantes para permitir que vea cada cual las cosas por el prisma que mas le agrade. Tememos por otra parte distraernos demasiado probando cuánta inexactitud hay en asegurar que esté Salamanca casi desierta en la actualidad, y que sin industria, sin comercio, sin pobladores que la den vida y animacion, parece una ciudad de sepulcros; ilustrados estadistas, como el señor Madoz y los redactores del Diccionario geográfico universal publicado en Barcelona, han hablado de otra manera del estado de esta ciudad.

CASA DE DOÑA MARIA LA BRAVA.

ORÍGEN DE LOS BANDOS.

Varios escritores se han ocupado de este trágico episodio de la historia salmantina; pero el que nuevamente lo ha hecho, la exorna, como de costumbre, con sus peregrinas tradiciones, y hace á Doña Maria de Monroy encubridora de los conocidos asesinos de sus hijos.

Poseemos copia de un curioso manuscrito (1), reseña interesante de los bandos de Salamanca, que se dice estar escrito por el presbítero D. Amaro, capellan de la misma Doña Maria; acaso algun día ocupe las páginas del Album Salmantino. Muchas razones nos hacen no admitirle sino cuando mas como una traduccion bastante moderna y acaso libre del original latino; pero como los hechos culminantes que refiere estan muy conformes con las noticias recibidas, nos atrevemos á darle á luz aunque en pequeño extracto.

Desde 1442 á 1475 se estiende el periodo de los celebrados bandos salmantinos. En la plazuela de Santo Tomé vivía Doña Maria de Monroy, viuda ya por este tiempo, con sus dos hijos D. Antonio y D. Juan Enriquez de Villalba, jóvenes instruidos y de carácter franco y bondadoso: no así su madre, que poseía un génio impetuoso y rígido. Amigos de los Enriquez eran D. Manuel y D. Cleto de Manzano, cuya fogosidad caballerescas los mezclaba siempre en desafíos y contiendas.

Tenia D. Juan concertado su matrimonio con la encantadora Margarita, hija del distinguido señor D. Alonso Maldonado, y cuando solo se esperaba para preparar cuanto diera esplendor al concertado enlace, el mayor de los Manzanos solicitó la mano de la amada de D. Juan, y fué despreciado. Nadie sospechará lo que sucedió: nunca fué el Manzano menos discolo y mas obsequioso con los Enriquez, y solo Margarita conocia la venganza premeditada y que se inauguró el 18 de diciembre de 1442. Una división ocasionada en el juego de pelota fué, como en tales circunstancias pudiera haberlo sido cualquiera otra, la tea que inflamó los ánimos: los Enriquez son asesinados por los Manzanos entre los gritos de venganza y ante una numerosa concurrencia atraída por la celebrada destreza de los jugadores. Irritada la muchedumbre, quiere escitar la venganza de la madre, y la presenta los cadáveres de sus hijos, cuando movida de curiosidad abría la ventana para presenciar el tumulto. Aquietá al pueblo Doña Maria con débil pero animada voz, persuadiéndole á que se conforme, cual ella lo hace, con una desgracia irreparable. Aquella mujer firme se informa minuciosamente del hecho, y abrigando con las suyas las manos de los cadáveres, no puede contener el llanto que la ahoga, y jura la mas cruel venganza. Todo es desorden y confusion aquella noche en casa de Doña Maria, donde se habian agrupado muchos señores, amigos y deudos, para mover á la venganza unos, y aconsejando otros la conformidad: de nada parece hacer caso la desgraciada madre; pero ya serian las dos de la mañana, cuando despejada algun tanto la casa, y asegurada de que la prestaría su auxilio el valiente Maldonado, le dirigió Doña Maria estas enérgicas palabras: «y en mi lanza traeré á las victimas que me piden desde el cielo, y juro por madre que fui, que serán sus cabezas la ofrenda que á sus yertas cenizas tributaré.»

En el día siguiente parecía asegurada la calma; apenas hubo algunos encuentros: el ilustrísimo prelado D. Sancho de Castilla hizo las exequias á los Enriquez, que fueron depositados en el panteon de Santo Tomé, y derramando lágrimas pronunció una sentida oracion fúnebre. El concurso era inmenso, los ánimos se enternecieron con esta pompa religiosa, y en el patio de la iglesia fueron asesinados dos pajes de D. Fadrique, motejados de espías; se sucede la lucha hasta en el interior del templo, y allí quedan los cadáveres de dos vasallos de la casa Manzano: todo el prestigio del ilustrísimo prelado fué necesario para calmar el tumulto.

(1) Que debemos á la bondad de nuestro amigo D. Manuel Villar y Muchas.

Doña Maria no cesa entre tanto de su propósito; para eximirse de recibir, hace esparcir la noticia de que está gravemente enferma; y sabido ya que los Manzanos habian huido á Portugal y que se ocultaban en el pueblo de Dos Iglesias con el pseudónimo de Tellez, sale de su palacio en la madrugada del 25 armada caballero y acompañada del capitán de corazas y tres de sus moneros, y á pesar del mal temporal, apenas descansa antes de hallarse en la posada de sus enemigos. Solo se presenta ante ellos, que la ven aterrorizados, los desafía, corta sus cabezas, y enarboladas en una lanza, las trae á depositar en el panteon de sus hijos; rasgo que raya en la inverosimilitud, pero que esplica cómo Doña Maria mereciera el sobrenombre de Brava en aquel siglo de héroes.

D. Fadrique muere al recibir esta nueva; pero frenética de venganza su esposa Doña Mencía Asuero, compromete á sus deudos y vasallos en una guerra esterminadora; son entregadas á las llamas la casa de Doña Maria y la de los Maldonados, y asesinada la hija de este; en cada calle, en cada plaza se traba un combate que dura día y noche. Reina el asesinato, el pillaje, y su consecuencia la miseria; cerrados los comercios y paralizada la industria, cada salmantino es un soldado veterano, y no se acierta á distinguir otra cosa sobre los desgarradores gritos de venganza, que el ruido de las armas y el lúgubre tañir de las campanas que escitan al combate.

Doña Maria se traslada á otro palacio fuerte de la misma plazuela; alista gente; todos los salmantinos toman parte en la pelea, y por necesidad señalan plazas de comercio las de San Benito y Santo Tomé, que forman á la par la línea divisoria de los bandos; á palmos se disputan el terreno, y cuando el Ilmo. prelado quiere con una fúlgida rogativa aplacar la cólera del cielo, le atropellan, y hecho tan escandaloso le ocasiona la muerte.

El ilustre cabildo nombra una comision de los individuos mas distinguidos de su seno para que aplaquen los ánimos de los principales insurgentes: el vulgo, aterrado por la solemnidad del acto, deponen las armas; hasta los jefes de la insurreccion ceden; pero todo se inutiliza ante la tenacidad de Doña Maria. Vuelve á trabarse el combate con mas encarnizamiento que nunca: ya lleva la devastacion á mas de doce leguas fuera de la ciudad, y es necesario el poder sobrenatural de un acabado modelo de evangélicas virtudes y dotes oratorias que la iglesia ha colocado en sus altares, para que ánimos tan decididos se aparten de sus propósitos. Magnífico y tierno espectáculo á la par el que ofrecia Salamanca el día primero en que resonara en sus calles el grito de paz, y en que abrazados sus habitantes se reunieron en la iglesia catedral, llorosos de haber hallado al paso tanto destroz.

Si no nos atrevemos, antes de adquirir mas datos sobre el estrito que hemos extractado, á prestarle mucho asenso, tampoco podemos creer al señor Picon por sola su palabra que fuera casa de Doña Maria la que señala, y que ha sido estudiada durante la expedicion; de estilo muy posterior al de aquella época, en nada demuestra señales de haber sido fortificada. Tampoco podemos considerarla como una reedificacion de la casa que fué quemada, porque dura mucho en la historia de esta ciudad el recuerdo de los bandos, para que los Monroyes fueran tan imprudentes que dejaran de asegurar su vivienda. Siempre creimos ver en la antigua casa de D. Diego Lopez toda la antigüedad y fortaleza necesarias para poderla conceder con mas probabilidades el honor de ser la escogida por Doña Maria, cuando solo bullían en su mente proyectos de venganza. Nos confirma en esto mismo el nombre de Corrales de Monroy con que se conoce bastante número de casas que existen á su espalda, porque es notorio que *corral* significaba entonces lo mismo que dominio, jurisdiccion y señorío de algun determinado y pequeño territorio (1).

TORRE DEL CLAVEL.

Nada mas inexacto que las crónicas históricas comprendidas por el Sr. Picon en este artículo: dice que la Torre del Clavel, construida en la época de los bandos de Salamanca, es fundacion del Clavero de la orden de Alcántara D. Francisco de Sotomayor, y que en ella estuvieron presos los asesinos de Doña Inés de Castro; y añade, hablando del torreón que existió en la calle de Herreros, que lo construyó, durante los bandos tambien, el licenciado D. Anton Nuñez, de Ciudad-Rodrigo, señor de Terrados. Narrados ya algunos sucesos posteriores á los bandos, dice el Sr. Dorado (2) refiriéndose á aquellos: «Florecia tambien D. Frey Diego de Añaya, ilustre y noble caballero, caballero de la militar orden de Alcántara y Comendador mayor de ella, fundó en su patria la gran casa y torre que hoy llamamos del Clavero.» En efecto Rades y Andrade, en la página 41, V de su crónica de la orden de Alcántara, cita á dicho Clavero; en la 44 vuelve á hacer mencion de él como Clavero, y añade que despues fué Comendador mayor, y en la 53 le da ya el título de Comendador de la Magdalena.

(1) Dorado, c. 27, p. 1.º, pág. 169.

(2) C. 37, pág. 525.

El mismo Sr. Dorado hablando del episcopado de un tal D. Juan, que duró desde el año 1359 hasta el 1362, dice (1): «por estos tiempos» ó lo que es lo mismo, cerca de un siglo antes de los que el Sr. Picon señala, «fueron presos en esta ciudad Bgascoello y Pedro Albar, portugueses, de mandado del rey de Portugal, porque de orden de su padre D. Alonso dieron muerte á la famosa Doña Inés de Castro; los pusieron en el torreón de la calle de Herreros, en donde estuvieron hasta que los llevaron á Lisboa, ajusticiándolos con esquisitos tormentos.»

Por otra parte tiene que formarse idea muy imperfecta de la torre del Clavel por la descripción que de ella hace el nuevo cronista de Salamanca: dice que es un prisma octógono, y antes bien es un prisma cuadrado hasta más de la mitad de su altura, y después se convierte en octógono.

PUENTE DE SALAMANCA.

«Pretenden algunos que este puente fué construido por Hércules, lo cual equivale á decir que su origen se pierde en la noche de los siglos.» Esto es lo único que se atreve á asegurarnos el Sr. Picon acerca de la fundación de la mitad antigua del puente, de ese majestuoso símbolo de la arquitectura romana. Nunca más prudente el Sr. Picon; pero nuestro espíritu descontentadizo cree ver ahora omisiones no despreciables con su acostumbrado cortejo de inexactitudes. El puente de Salamanca era principio de la celebrada calzada de la Plata que ponía en comunicación á nuestra ciudad con la de Mérida: y Antonio de Nebrija y Gil Gonzalez Dávila creen que fué empezada por Licinio Craso, gran Pontífice, 70 años antes de Jesucristo, y continuada especialmente por los emperadores Augusto, Neron, Trajano y Adriano. El Sr. Dorado ha conservado las inscripciones que nos confirman en esta opinión. Ignoramos por otra parte las pruebas que tenga el señor Picon para asegurar que Trajano recompusiera el puente y construyese el camino de la Plata: los citados testimonios solo nos dan derecho para asegurar que aquel emperador romano, gloria de nuestra nación, benefició dicho camino en dos mil pasos.

Siempre habíamos entendido que no significaba cosa alguna interesante la suerte que ha cabido al toro de piedra que antes adornaba al puente; la comun-tradición dice que su caída fué casual, y algunos, acaso con más fundamento, aseguran que el ayuntamiento la dispuso por evitar desgracias: pero el autor de las apreciadas crónicas quiso dar novedad al asunto, y usando hasta de burlas gróseras que le favorecen muy poco y hacen resaltar más los lunares de su escrito, dice: «Al principio de la última guerra civil antojósele á un majadero decir que aquel toro era signo de feudalismo, y los hijos de la nueva Atenas y de Roma la chica lo creyeron como un Evangelio, y tiraron abajo el toro sin mas averiguaciones.» Estilo tan digno de unas crónicas históricas haría honor al más acreditado escritor.

Ni interés, ni acaso razones tenemos para negar que la gran *Salmatica* de Plutarco rindiera culto al dios Hércules; pero nunca hemos podido ver con calma que se aduzca para confirmar esto la maza empuñada que adorna la portada de una de las casas inmediatas á la iglesia de San Millán; tan solo recomendamos á los curiosos que se acerquen á ella, y confiamos en que les repugnaré atribuirle tanta antigüedad; y hallarán poca analogía entre las demás mazas del dios genético que hayan tenido ocasión de ver y la que representa aquel relieve.

CASA DE LA SALINA.

Este artículo y el dedicado á la casa de las Muertes están encabezados con la fecha de 1500. D. Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago y patriarca de Alejandría, que fundó dichas casas, erigió en 1515 el monasterio de las Ursulas (2): esta era la única fecha que antes conocíamos de las fundaciones del patriarca alejandrino en esta ciudad: el señor Picon estaba mas adelantado en noticias. Pero á renglón seguido hallamos motivos muy fundados para variar la opinión que acabamos de formar del autor de las crónicas históricas. Dice: «Este edificio tomó el nombre de la Salina ignorándose el origen de su título.» Nosotros solo podemos decir que siempre hemos visto en la casa de que se trata el depósito de sal, circunstancia que creemos muy suficiente para explicar el origen de aquel nombre y del que tuvo la calle en que está aquel precioso modelo de arquitectura: por cierto que cuando escribía Dorado, y dicha casa estaba muy lejos de ser depósito de sal, la calle de la Salina tampoco se conocía con este nombre, sino con el de los Alabarderos (3). Esto, y sea dicho de paso, solo será nuevo para el señor Picon.

Como el distinguido arquitecto pudiera haber escitado la curiosidad de sus lectores con las inscripciones de la casa de las Batallas que

copia de Gil Gonzalez Dávila, le remitimos á las primeras páginas de la historia de Salamanca que este escribió, ó al capítulo 5.º, página 17, del Compendio histórico del señor Dorado, donde podrán corregir las erratas que hacen imposible la inteligencia de la copia que tenemos á la vista.

Por último, dice el nuevo cronista salmantino que muchas de las principales noticias que da son inéditas, sin mas detención que la necesaria para escribirlo: recordamos en contrario lo siguiente: El falso origen atribuido á Salamanca puede copiarse indistintamente del *Paralipomenon de España* (4), escrito por el obispo gerundense, Juan, de las historias de Gil Gonzalez Dávila y Dorado y de algun traslado de estas que por desgracia ha circulado; los mismos autores, D. José Alvarez de Rivera, en su espresion panegirica, y el marqués de Alventos en su historia del colegio de San Bartolomé, nos hablan del origen de los celebrados bandos; el mismo señor Dorado, como hemos visto, y la Revista Salmantina del 12 de octubre de 1831 tratan de la elegante torre del Clavel, y el primero refiere además alguna curiosidad interesante del torreón que existió en la calle de Herreros: de la casa de las Conchas se han ocupado el señor Ponz y algunos diccionarios geográficos modernos; estos mismos recomiendan el mérito de la casa de las Muertes: del puente tratan, aparte de las historias particulares de nuestra ciudad, casi todos los geógrafos antiguos y modernos, y la historia y descripción de la plaza Mayor ha ocupado á todo escritor que hable de Salamanca; dicen algo de la casa de la Salina el Sr. Ponz, algunos diccionarios geográficos modernos y la Revista Salmantina de 4 de enero de 1832: finalmente de la Cueva Clementina y del marqués de Villena como célebre discípulo del sacristan de San Ciprian, hablan con mas extensión que otros el P. Feijoo, el P. Murillo y el señor Dorado.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

LA HERMANA BEATRIZ.

LEYENDA.

No lejos de la mas alta cima del Jura, pero descendiendo un poco hacia su vertiente occidental, se veia hace medio siglo un montón de ruinas que habia pertenecido á la iglesia y al monasterio de *Nuestra Señora de las Espinas floridas*. Estaba al extremo de una garganta estrecha y profunda, pero bastante abrigado por la parte del Norte, por cuya razon producía todos los años las flores mas raras del pais. A una media legua al extremo opuesto se encontraban tambien los restos de un antiguo castillo feudal, que tambien ha desaparecido como la casa de Dios. Solo se sabe que habia sido ocupado por una familia muy celebrada en las guerras, y que el último de los caballeros de ella habia perecido en la conquista del santo sepulcro, sin dejar heredero para perpetuar su raza. La inconsolable viuda no abandonó aquellos lugares tan propios para conservar su melancolía; pero la fama de su piedad se estendió muy lejos, á causa de sus beneficios, y una tradicion gloriosa consagra para siempre su memoria á los respetos de las generaciones cristianas. El pueblo, que ha olvidado todos sus titulos, la llama la Santa.

Uno de aquellos dias en que el invierno, próximo á concluir, parece que cesa de pronto en su rigor bajo la influencia de una atmósfera templada, la Santa se paseaba como de costumbre en la larga avenida de su castillo, con el ánimo preocupado por piadosas meditaciones. Llegó hasta el cercado de espinos que la terminaban, y quedó sumamente sorprendida al ver que uno de aquellos arbustos tenia ya todo su adorno de primavera. Se aproximó á él para asegurarse de que aquella vista no era producida por un resto de nieve rebelde, y encantada de verle coronado de innumerable multitud de estrellitas blancas con rayos encarnados, cogió cuidadosamente un ramo para colocarlo en su oratorio ante una imagen de la Virgen á que tenia suma veneracion desde su infancia, y volvió gozosa con tan inocente ofrenda. Sea que aquel tenue tributo fuese realmente agradable á la divina madre de Jesús, sea que un placer particular que no se sabria definir estuviese reservado á la menor efusion de un corazón sensible hacia el objeto que ama, jamás el alma de la castellana habia experimentado emociones mas inefables que en aquel hermoso dia. Asi es que prometió con ingenua alegría volver todos los dias al espiño florido y hacer todos los dias una nueva guirnalda. Es fácil imaginar que fué fiel á este compromiso.

Sin embargo, un dia en que el cuidado de los pobres y de los enfermos la habia detenido mas tiempo que el acostumbrado, se dió prisa para ganar su agreste parterre; pero la noche llegó primero que ella, y se dice que comenzaba ya á arrepentirse de haber andado tanto por aquella soledad, cuando una claridad pura como la del alba la dejó ver repentinamente los espinos floridos. Se detuvo un momento

(1) C. 41, pág. 257.

(2) Dorado, c. 52, p. 2.º, pág. 561.

(3) Dorado, c. 52, p. 2.º, pág. 562.

(4) C. 2. de adventu Tenebr, etc.

creyendo que aquella luz podría provenir de alguna reunion de foragidos, porque era imposible creer que pudiera haber allí gusanos de luz, porque no era tiempo de ellos, y el año estaba muy distante de aquellas noches pacíficas y calorosas del estío. Pero habiéndose acordado de la obligacion que se había impuesto, se reanimó un poco, marchó ligeramente conteniendo su respiracion hácia el espino de las blancas flores, cogió con mano trémula una rama que parecía que caía por sí misma entre sus dedos, tan pequeña fué la resistencia que hizo, y ganó á toda prisa el camino de su casa sin atreverse á mirar detrás de sí.

Durante toda aquella noche, la santa señora estuvo pensando en aquel fenómeno, sin poder explicarle; y como deseaba penetrar aquel misterio, al día siguiente fué á los espinos á la misma hora, acompañada de un criado fiel y de su anciano capellan. Reinaba la misma luz que la vispera, y parecía que á medida que se acercaban era mas radiante y mas viva. Se detuvieron entonces y se arrodillaron, porque les pareció que aquella luz venia del cielo; después de un rato el buen sacerdote se levantó, dió algunos pasos respetuosos hácia los espinos cantando un himno de la iglesia, y los separó sin esfuerzo, porque se

abrieron como un velo. El espectáculo que se ofreció en este momento á sus miradas, les causó tal admiracion, que estuvieron por largo rato inmóviles, llenos de reconocimiento y alegría. Era una imagen de la Virgen esculpida con sencillez en una madera grosera, animada con los colores de la vida por un pincel poco esperto, y vestidas de una manera que no revelaba mas que sencillez; pero de ella emanaba la luz milagrosa con que estaban iluminados aquellos sitios. «Yo os saludo, María llena de gracia,» dijo el capellan prosternado, y al murmullo armonioso que se oyó en todo el bosque cuando pronunció estas palabras, se hubiera podido juzgar que habian sido repetidas por un coro de ángeles. Recitó en seguida con solemnidad esas admirables letanias en que la fé ha hablado el lenguaje de la mas elevada poesia, y después de nuevos actos de adoracion cogió la estatua, á fin de trasladarla al castillo, donde debia encontrar un santuario mas digno, en tanto que la señora y el criado con las manos juntas y la frente inclinada le seguian lentamente, uniéndose á sus oraciones.

No tengo necesidad de decir que la imagen maravillosa fué colocada en una urna elegante; que se encendieron antorchas odoríferas; que fué bañada en perfumes; que se le puso una rica corona, y fué sa-



ludada hasta la media noche con el cántico de los fieles. Sin embargo, por la mañana no se la encontró, y hubo una viva alarma entre todos aquellos cristianos á quienes su hallazgo habia colmado de felicidad. ¿Qué pecado desconocido habia podido atraer esta desgracia sobre la casa de la santa? ¿Qué nueva mansion habia escogido la Virgen? Fácil es adivinarlo. La madre de Jesús habia preferido la modesta sombra de sus espinos favoritos al brillo de una vivienda mundana. Se habia vuelto en medio de la frescura de los bosques á disfrutar de la paz de su soledad y de las emanaciones de sus flores. Todos los habitantes del castillo fueron aquella noche al bosque, y la hallaron mas resplandeciente que la vispera. Se arrodillaron con respetuoso silencio.

«Poderosa reina de los ángeles, dijo la castellana, esta es la morada que prefieres. Tu voluntad será cumplida.»

Poco tiempo después, un templo embellecido con todos los adornos que prodigaba el arquitecto inspirado en aquellos siglos de imaginacion y de sentimiento, se elevó á aquella imagen reverenciada: los grandes de la tierra la quisieron enriquecer con sus dones; los reyes la dotaron con un tabernáculo de oro puro. La fama de sus milagros se esparció en todo el mundo cristiano, y bien pronto vino al valle una

multitud de piadosas mujeres que formaron un monasterio. La santa viuda, mas conmovida que nunca por las luces de la gracia, no pudo rehusar el título de superiora de aquella casa. Murió muy anciana después de una vida de buenas obras, ejemplos y sacrificios, que se exhaló como un perfume al pie de los altares de la Virgen.

Tal es, segun las crónicas manuscritas de la provincia, el origen de la iglesia y del convento de *Nuestra Señora de los Espinos Floridos*.

Dos siglos habían trascurrido desde la muerte de la santa, y una joven virgen de su familia era todavía, segun la costumbre, hermana guardadora del santo camarín, lo que quiere decir que era la que tenia la custodia de él, y que á ella la correspondia abrirle los dias solemnes en que se presentaba la imagen milagrosa á la piedad del pueblo. Ella era la que tenia el cuidado de conservar su adorno, de quitar el polvo, de recoger para componer su corona ó para adornar su altar las flores del jardín mas preciosas á la vista y mas castas en sus colores. Entre aquellos inocentes tributos era preferida la flor del espino en su estacion; y en las demas se sustituia con una de mano hecha por las religiosas que parecia que habian robado su secreto á la naturaleza, y este ramillete reposaba sobre el seno de la madona, su-

jeto con una cinta plateada. Las mariposas hubieran podido engañarse alguna vez, pero no se atrevían á detenerse sobre aquellas flores divinas que no habían sido hechas para ellas.

La hermana guardadora del camarín se llamaba entonces Beatriz. De edad de diez y ocho años á lo mas, apenas había oído decir que era hermosa, porque había entrado de quince años en la casa de la Virgen tan pura como sus flores.

Hay una edad feliz ó funesta en que el corazón de una joven comprende que está creado para amar, y Beatriz había llegado á esa edad; pero aquella necesidad, primero vaga é inquieta, no había hecho mas que hacerla mas queridos sus deberes. Incapaz de explicar entonces los movimientos secretos de que estaba agitada, los había tomado por el instinto de un piadoso fervor que se acusa de no ser bastante amorosa, y que se cree obligada á amar hasta el entusiasmo y el delirio. El objeto desconocido de estos trasportes escapaba á su inesperienza, y entre los que caían, si se puede espresar así, bajo los sentidos de su alma ingenua, la Virgen solo le parecía digna de esta adoración apasionada, para la que apenas podía bastar su vida. Este culto de todos los momentos era la única ocupación de su pensamiento, el único encanto de su soledad; ocupaba hasta sus sueños de misteriosa languidez y de inefables delirios. Con frecuencia se la veía prosternada delante de la imagen, haciendo oraciones interrumpidas por sollozos, ó humediando el pavimento con sus lágrimas; y la Virgen sonreía sin duda desde lo alto de su trono eterno á aquella feliz inocencia; porque la Virgen amaba á Beatriz y se regocijaba de ser amada por ella. Había leído en el corazón de Beatriz que siempre la amaría.

En este tiempo hubo un acontecimiento que levantó el velo bajo el que el secreto de Beatriz había estado tanto tiempo oculto para ella misma. Un joven señor de las inmediaciones, atacado por los asesinos, quedó como muerto en el bosque; y aunque parecía que solo conservaba las débiles apariencias de una existencia próxima á extinguirse, los criados del monasterio le llevaron á la enfermería. Como en aquella época las hijas de los castellanos, desde su infancia, poseían el formulario de las recetas y el arte de curar, Beatriz fué enviada por sus hermanas á cuidar del moribundo. Puso por obra todo lo que había aprendido de aquella útil ciencia; pero contaba además con la intercesión de la Virgen milagrosa, y sus largas y penosas veladas, distribuidas entre los cuidados de enfermera y las oraciones de sierva de Maria, obtuvieron todo el éxito que había esperado. Raimundo abrió los ojos á la luz, y reconoció á su libertadora; la había visto algunas veces en el castillo donde había nacido.

—¡Dios mío! exclamó Beatriz, ¿sois vos? ¿vos á quien tanto he amado en mi infancia y á quien miraba como esposo por el convenio que tan pronto olvidaron nuestros padres? ¿Por qué funesta casualidad os vuelvo á ver, encaenada con los lazos de una vida que no es para vos, y separada para siempre de ese mundo brillante cuyo adorno sois?

—Ah! si habeis escogido por vos misma este estado de soledad y abnegación, Beatriz, os lo juro, no conoceis todavía vuestro corazón. El compromiso que habeis contraído en la ignorancia en que estais de los sentimientos naturales á todo lo que respira, es nulo ante Dios y ante los hombres. Habeis hecho traición sin querer á vuestro destino de amante, de esposa y madre. Estais condenada, querida niña, á dias de amargura, de fastidio y de disgusto, cuya larga tristeza no dulcificará ningún pesar. Es sin embargo tan dulce amar, tan dulce ser amada, y tan dulce revivir en objetos que aman! Las puras alegrías de un afecto que multiplica la vida; el afecto de un amigo que os adora, que embellece todos vuestros momentos por fiestas nuevas, que no existe mas que para quereros y agradaros; las inocentes caricias de unos bonitos niños, tan graciosos, tan alegres con su existencia y que un capricho bárbaro hubiera abandonado á la nada, he ahí lo que habeis perdido! ¡hé ahí lo que habeis perdido, Beatriz mía, por sumirte con tan ciega obstinación en un abismo! Pero no, continuó con mas viva expansión, no desconocerás las intenciones de tu Dios y el mío, que nos ha aproximado para reunirnos para siempre; tú te consagrarás á los votos del amor que te implora y te llama! tú serás la esposa de tu Raimundo. ¡No vuelvas esos ojos llenos de lágrimas! ¡No separes tu mano que tiembala entre las suyas! ¡Dile que estás dispuesta á seguirle y á no separarte de él jamás!...

Beatriz no contestó; no había podido encontrar espresiones para manifestar lo que sentía; se escapó de los débiles brazos de Raimundo, se alejó turbada, palpitante, y fué á caer á los pies de la Virgen, su consuelo y su apoyo. Lloró como antes, pero no era una emoción desconocida y sin objeto; era un sentimiento mas poderoso que la piedad, mas poderoso que la vergüenza, mas poderoso ¡ay Dios mío! que aquella Virgen cuyo socorro reclamaba; y sus llantos esta vez eran amargos y abrasadores. Se la vió muchos dias de seguida prosternada y suplicante, y no se admiraron porque todo el mundo en el convento sabía su devoción apasionada á la Virgen. Pasaba el resto del dia en la habitación del enfermo, cuya curación había dejado de exigir tan asiduos cuidados.

Una noche, en la hora en que estaba la iglesia cerrada, en que todas las hermanas estaban retiradas en sus celas, en que todo estaba en silencio, Beatriz gana el coro á paso lento, deja su lámpara en el altar, abre con mano trémula el camarín, y se estremece bajando los ojos como si temiera la mirada de la reina de los ángeles, y se arrodilla. Quiere hablar, y las palabras espiran en sus labios ó se pierden entre sus suspiros. Se cubre con el velo, trata de calmarse, hace un último esfuerzo, y consigue pronunciar algunos acentos confusos sin saber si profiere una oración ó una blasfemia.

—¡Oh divina bienhechora de mi juventud! dijo, vos á quien únicamente he amado y que siempre sois la mas querida soberana de mi alma, ¡oh Maria, divina Maria! ¿Por qué me habeis abandonado? ¿Por qué permitis que vuestra Beatriz sea presa de las terribles pasiones del infierno? ¿Ya sabeis que he cedido sin combate á la que me devora! Ahora ya está hecho, y para siempre; ya no os serviré mas, porque no soy digna de servirlos. Iré á ocultar lejos de vos el eterno sentimiento de mi falta, el luto eterno de la inocencia que no volverá. Permitidme que todavía me atreva á adoraros. Tened compasión de mis lágrimas, que prueban á lo menos que soy estraña á la traición de los sentidos! ¡Acoged el último de mis homenajes como habeis acogido los demás! ó mas bien, si mi celo por cuidar vuestro altar es digno de alguna recompensa, enviad la muerte á esta desgraciada que os implora, antes que se separe de vos.

Al acabar estas palabras Beatriz se levantó, se aproximó trémula á la imagen, la adornó con nuevas flores, y avergonzada por la primera vez del uso piadoso á que no tenía derecho, las estrechó contra su corazón y la puso en su escapulario para no separarse jamás de ella. Después de esto miró á la imagen, dió un grito de terror, y huyó.

La noche siguiente, un rápido carruaje llevaba lejos del convento al hermoso caballero herido, y á una joven religiosa infiel á sus votos.

El primer año trascurrió casi todo en la embriaguez de una pasión satisfecha. El mundo era para Beatriz un espectáculo nuevo, inagotable en goces. El amor multiplicaba en derredor suyo todos los medios de seducción que podían perpetuar su error y acabar su pérdida; no salía de los sueños de la voluptuosidad mas que para despertarse en medio de la alegría de los festines, entre los juegos de los farsantes y los conciertos de los menestrales; su vida era una fiesta insensata en que la voz seria de la reflexión, sofocada por los clamores de la orgía, hubiera tratado en vano hacerse oír, y sin embargo, no había olvidado á Maria. Mas de una vez, al adornarse en su tocador, había estrechado su escapulario. Mas de una vez había dejado caer una lágrima sobre el ramillete marchito que había quitado á la Virgen. La oración había llegado á sus labios como una llama oculta que sale por entre la ceniza; pero había espirado allí; y en su mismo delirio, alguna cosa la decía que una oración la hubiera salvado.

(Continuará.)

LA MUJER.

Hay algo de misterioso y de contradicciones en la organización de la mujer; y no es de estrañar que haya sido siempre un objeto de desprecio é indiferencia para unos, de admiración, de respeto y de la mas entrañable ternura para otros. Angel de paz, de consuelo y de beneficencia, ha obtenido los mas altos y sinceros elogios de los caracteres generosos y nobles; al paso que el comun de los hombres exagera con placer sus desvíos, su veleidad y sus caprichos, y oye con satisfacción cuanto deprime y envilece su dignidad y fama. La mujer sin embargo ha recibido en todas épocas una especie de culto poético de los ingenios grandes, y yo no sé qué de simpática y misteriosa armonía ha existido entre estos y la primera, que desde el Taso y Lope de Vega hasta Byron, desde Platon hasta L. Aimé Martin y Washington Irving, las ideas mas sublimes, las mas sentidas y delicadas inspiraciones han sido siempre consagradas á arrebatarse la poética imaginación de la mujer, y á inundar de gozo y de consuelo su apasionado y generoso corazón. Es verdad que la generalidad de las personas, apoyada en los ejemplos comunes de la vida, juzga estos sentimientos exclusivos de poetas y entusiastas, sobre quienes en su amargo escepticismo lanza el desden y la compasión; mas aunque el error y la ilusión estuvieran del lado de los segundos, es tan noble y sagrada la carrera de los que realzan y engrandecen la naturaleza moral del hombre, de aquellos que la arrancan alguna vez de sus groseras y materiales impresiones, hasta hacerla sentir esa parte infinita y divina comunicada por el cielo á nuestras almas, que merecieran bien la estimación, la gratitud y el reconocimiento, en lugar de la indiferencia y del ridiculo, que injustamente se les prodiga. Es nuestra pobre naturaleza, de suyo bastante flaca y miserable, para que ofrezca mérito ni interés presentar el cuadro de sus debilidades; la pintura viva, animada, y adornada de cierto idealismo poético de lo que hay de misterioso, delicado y sublime en nuestra organización, puede sola por el contrario elevar

nuestros pensamientos, y mantener en el hombre la vida de la imaginación y del corazón, que es mas necesaria para su consuelo y su felicidad. La sociedad actual reconoce el poder del vicio y del crimen: hastiada de todo, busca con inquieto azoramiento descanso y solaz, pero en vano; porque liviana y material, ha proclamado los placeres y ha lanzado el desden sobre la virtud y sobre la poesía. Ella recoge los amargos frutos de la semilla que esparce; y si aquellos, cuyo corazón late al impulso de los grandes y generosos sentimientos, y en cuya imaginación no se halla todavía apagado el nùmen para pintar con brillante colorido esa parte infinita y divina del hombre, no se presentan en la arena como los paladines de tan noble causa, hay peligro que la sociedad se barbarice con el tiempo en medio de los placeres, de la materia y del vicio, y lleguen á desaparecer todos los honrados é hidalgos pensamientos, que constituyeron en mejores dias su gloriosa y brillante existencia. No se espere por ello de nosotros que pintemos la mujer bajo el desfavorable aspecto de sus debilidades y caprichos; que aunque sin nùmen y de escaso saber, hay bastante fé en nuestro corazón para admirar y respetar sus virtudes; bastante honradez para no aumentar la abundante mies de inmundicia, de indiferencia y de ateísmo que hoy se arroja sobre la sociedad. Recuerdos además de agradable y cariñosa memoria dieron á nuestra alma en dias de agitacion y dolor, tranquilidad y contento, é hicieron dulce y encantadora nuestra vida; y seríamos desleales é ingratos á tan señalados favores, si al consagrar algunas ideas á la mujer, no fuésemos para con ella tan nobles y generosos como merecen sus buenas y bellísimas inclinaciones.

Aunque débil y delicada organizacion concediera el cielo á la mujer, enriqueciérala magnánimamente con las brillantes calidades que nacen de la vivacidad de la imaginación, y de la generosa sensibilidad del corazón. Era un ser flaco condenado á la compasion y á la desgracia, y díola Dios un poder misterioso y sublime sobre el hombre, al paso que imprimiera en el alma de este un sentimiento de la mas respetuosa é ideal afeccion hácia su naturaleza. Es tan dulce para las personas de grandioso y elevado temple verse arrastradas por la amabilidad y los encantos de la mujer; es tan noble para ellas respetar y servir con el mas tierno y delicado esmero á un ser débil, sin otra seguridad en su apasionada adhesión y en sus heroicos sacrificios, que la dignidad y el pundonor del hombre; es tan santo responder con el cariño y la fidelidad mas sublime á la que vierte á manos llenas descanso y consuelo sobre nuestra inquieta y agitada vida, que cuando el amor llega á estrechar dos corazones generosos escita naturalmente toda la poesía, todas las ideas de honor, de virtud y de magnánima abnegación. Con razon ha sido considerada la mujer como la fuente mas fecunda y general de inspiración; porque aunque la virtud, la religion y todas las pasiones morales y profundas sean un manantial de poesía, es escaso el número de los hombres á quienes inspiran, al paso que raro el de aquellos que no se sintieron agitados y conmovidos de una manera misteriosa y poética cuando alcanzaron por primera vez la cariñosa mirada de una mujer virtuosa, ó su corazón latió gozoso y alborozado al obtener el primer favor...

Auda el jóven en la carrera de la vida inquieto, azorado, entregado á desesperada melancolía, ó encenagado tal vez en placeres que le embruteen y deshonoran; y ni despierta de su sueño, ni siente el encanto de la poesía y de los generosos pensamientos, hasta recibir su alma las delicadas y misteriosas impresiones del amor: hay entonces un cambio en su naturaleza moral; y el que ayer en sentidas imprecaciones y dolorosos ayes maldijera su estrella y su ventura, y olvidara á Dios en el furor de su intenso y amargo padecer, hoy invoca postrado y agradecido su santo nombre, y no trocará su fortuna por la del mas dichoso mortal.

Con razon ha sentido el apasionado nùmen de Byron que la religion eleva al hombre al cielo, y que el amor hace descender el cielo sobre la tierra; porque tal es el primer efecto que el cariño de una mujer virtuosa produce en la imaginación del jóven: y no solo moraliza sus costumbres, vuelve la calma á su lacrado corazón, y hace suave y tranquila su existencia, sino que despierta en él la poesía, el amor de la gloria y de las grandes cosas. Oyera el mundo cantar la desesperación, el amargo escepticismo y el genio del mal y del dolor al entristecido y desolado jóven, cuya alma no se abrió jamás á las impresiones del amor; y no bien le mirara su amada, cariñosa y dulce, y con su delicada mano estrechara su oprimido pecho, cuando sus primeras inspiraciones son todas himnos de gozo, de consuelo y de felicidad. La vida no le es ya pesada y dolorosa; y si ha debido al cielo nobles inclinaciones y aventajado ingenio, no quedarán sin provecho para la sociedad tan señalados dones: que no le importa ahora el aplauso, la indiferencia ó el desden del mundo, porque concentrada su alma en un solo punto, ella vive únicamente para un ser, y halla en su contento el mas cumplido premio y el galardón mas lisonjero de sus trabajos...

Hay en la naturaleza de todos los hombres de elevado carácter un

instinto delicado y sublime, que les conduce á desear el sacrificio y abnegación de su persona, á algun ser digno por sus altas y generosas prendas de tan esclarecido favor; y es el corazón de una mujer virtuosa el último término de sus esperanzas, y el centro donde vienen á depositar todo lo que hay mas íntimo, moral y profundo en su vida poética. Pródigamente corresponde la mujer á tan sublime adhesión: gozosa y alborozada abandona desde los primeros dias su alma y voluntad al que la sirve con ternura; y jamás separará un momento su imaginación de la memoria y entrañable recuerdo del objeto de su cariño. No habrá alegría ni pesar en su amante ó en su esposo, que no sea al punto trasladado en su delicada y misteriosa fisonomía, porque olvidada de sí, solo vive para otro, y su corazón parece únicamente destinado á sentir las ajenas impresiones. Es en especial, si la amargura y el dolor combaten durante la existencia del hombre, el tiempo en que despliega la magnanimidad de su carácter, la poesía de su alma y la ternura de sus sentimientos; porque entonces se desprende completamente de sí y elevase hasta el mas sublime temple para consolar al triste y hacer llevaderos y dulces los dias del hombre.

Sale este del regazo de su cariñosa madre, ó de los brazos de su amante ó de su esposa, y todo el mundo, hasta la gloria misma, contribuye á llenar su vida de agitacion y de sosegada inquietud: todo tiende á destruir sus ilusiones y dorados sueños; á presentarle en su desagradable verdad la prosa de la vida, ó á envenenar su existencia con penetrante y agudo pesar: únicamente en el hogar doméstico, en el cariño de una madre, en la ternura de su amada ó de su esposa, es donde encuentra el corazón del hombre calma para su inquietud, consuelo para sus penas, alivio y solaz para todas las enfermedades de su alma; allí hay para él un fondo inagotable de felicidad; solo allí siente de nuevo la poesía de su imaginación, y su voluntad recibe una energía misteriosa, para sostenerse al través de los disgustos y tristes engaños de la vida. Cuando graves y sagradas obligaciones ocupan el pensamiento del hombre, y la poesía y el afecto de su corazón se reparten entre su esposa y entre sus hijos, la providencia concede á la mujer el amor inesplicable de madre, y su ternura é inagotable cariño para el fruto de su amor, renueva y aumenta el cariño y la ternura hácia su esposo: y no parece sino que el delicado esmero con sus hijos es la reproduccion y la estension del amor á su esposo para objetos de reciproca y entrañable predilección. Cuando por fin llega al hombre el día de su muerte, es siempre la última persona que oprime y desolada ve junto á su fúnebre lecho, la de la madre, esposa ó hija, que le consolara en sus desgracias y encantara su vida; y la primera y la postrer plegaria que se dirige al cielo por su descanso y eterna felicidad, es siempre tambien la de la mujer que lo amó. Dios sin duda ha querido darle dolores y padecimientos por el hombre desde el nacimiento de este hasta su muerte, y haberla encargado sin embargo de ser el sosten, el apoyo y el consuelo de su vida, desde el primero hasta el último instante. Por eso ha merecido en todos tiempos la mujer la admiración y delicado respeto de los grandes génios; y por eso hemos consagrado en nuestros poéticos recuerdos una página de gratitud y deferencia á su misteriosa y sublime naturaleza.

FERNÁN GONZALO MORÓN.

EL CABALLERO BANDA AZUL.

PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

—Decid á vuestro señor, repuso el caballero, que mi misión es reser-

veyada. Momentos despues los jefes que en el salón de audiencia acompañaban á Sancho Perez, se retiraron, saludando á su paso por la antecámara al guerrero, quien con marcial inclinación devolvía las saluciones que se le hacían. Solamente don Nuño pasó junto á Banda Azul sin saludarlo, falta de urbanidad que juzgó el caballero como una mera distracción.

Sancho Perez vestía un rico traje de corte, cuyas telas y brocados le daban un aspecto de riqueza y de poder majestuoso. Sentado en un sillón de rojo terciopelo galoneado de oro con clavazón de plata dorada, y en cuyo dorado respaldar estaban las armas del marqués bordadas sobre el terciopelo, esperaba lleno de curiosidad al adalid de cuyas proezas guerreras estaba tan orientado, y de quien Nuño le hablara con poco aprecio, sin olvidarse de recordar la muerte de Hernán Carrillo, jóven oficial, cuya pérdida sintiera mucho el gobernador. Sin embargo de estas prevenciones poco ó nada favorables á Banda Azul, el capitán Sancho Perez, apasionado como la generalidad de los hombres de su época del heroísmo y caballerosidad, aun halladas en sus mayores adversarios, se decidía por el misterioso guerrero que esperaba

en la antecámara su orden para presentarse. Dada esta al maestra-sala, *Banda Azul* apareció ante el respetable caudillo de Maqueda haciendo una inclinación, y echando mano á su refulgenteyelmo, que no quitó de su cabeza, mas si cuadrándose en seguida como una alta prueba de respeto á Sancho Perez.

Bien fuese por la fama que precedía á *Banda Azul* por todo aquel país, bien porque su gallarda presencia gustase al gobernador á primera vista, es la verdad que este demostró en la devolucion del saludo y en el semblante, que era bien recibido el bravo campeón vencedor de la tribu agarena.

—Os escucho, dijo el padre de Clotilde, pero con un acento dulce que marcaba la orden de un sugeto que mandaba con benevolencia.

El desconocido, por todo discurso y respuesta abrió la calada visera, y arrancando de su cabeza su acerado casco, dejó ver al gobernador su faz morena y juvenil, los hermosos rizos de su bigote, y sus luengos y negros cabellos.

—Fernan! Fernan! gritó el anciano Sancho Perez, levantándose con toda la agilidad de un joven ebrio de alegría, y dando algunos pasos hacia *Banda Azul*.

Este siguió su ejemplo, y cayó arrodillado á los pies del marqués del Riazal.

—Perdon, señor, perdon! murmuró con balbuciente voz el caballero.

—¿Perdon! ¿de qué?... Alza del suelo, querido Fernan, que no es esa la postura que conviene á un valiente y á quien me salvó la vida en la batalla de Toro y de Zamora... ¡Dios mío! exclamó Sancho Perez, queria castigar á uno de mis mejores soldados y leales servidores! Yo, yo soy, Fernan, quien debiera pedir el perdon que tú me solicitas.

—Señor!... repuso visiblemente conmovido *Banda Azul*, os hice una grave ofensa abandonando vuestro palacio de Valladolid, y...

—Esa falta, interrumpió Sancho Perez, se repone con tu regreso.

En seguida abrió sus brazos, en los que se precipitó el guerrero, á quien hacia algunas horas pensaba colgar de la almena mas alta del castillo.

LA ENTREVISTA.

Banda Azul habia sido hospedado en una de las mejores habitaciones del castillo de Maqueda, en cuyo punto habia recibido los homenajes caballerescos de todos los jefes de la guarnicion, excepto D. Nuño, que se fingiera enfermo para evitarse de este modo el disgusto que solo la presencia de su rival le producía.

Eran las dos de la tarde, hora en la cual, despues de obtenida la venia de la hija de Sancho Perez, pasaba *Banda Azul* á visitar á la linda castellana.

El gabinete en el cual Clotilde queria recibir al joven guerrero, era un gótico salon, cuyas paredes desaparecian bajo los ricos cueros cordobeses con mil variadas bordaduras de sederia, plata y oro; el techo abovedado mostraba sobre un campo azul de cielo preciosas alegorias que bosquejaban las lides caballerescas y guerreras que en aquella época pendieran se sostenian diariamente entre los hijos de Mahoma y los descendientes del gran Pelayo. La silleria de baqueton morado mostraba en sus respaldos las armas del marqués, y sus asientos de terciopelo azul con guarniciones flamencas y clavazones de plata dorada, con una rica alfombra árabe, formaban un aposento semirégio y magnífico, que revelaba el poderío del marqués del Riazal y la elegancia y buen gusto de su hija Clotilde.

Sentada esta en un cómodo y alto sillón forrado en raso blanco, parecia una sílabe ideal y encantadora, ó una irresistible hada del jardín de las Espérides. Vestía una túnica de brocado que cerraba en un elevado escote, que al rodear su torneado cuello venia á cubrir cuidadosamente el remate de su pudoroso seno. Bajo de las mangas de su túnica blancas como la nieve se veían nacer unos manguitos de aéreo tul que envolvían sus brazos hasta la muñeca, en cuyo punto un fino y rico encaje flamenco rodeaba ansioso los primeros arranques de los dorsos de su sedosa y pequeña mano. La túnica abierta en la falda dejaba ver una saya azul con herretes de diamantes, que bajaba á besar los chapines de brocado y aljófar que encerraban los diminutos pies de la linda castellana. Por último, unas hermosas trenzas recogidas por una elegante toquilla de brocado verde hacían resaltar el sonrosado color de sus mejillas de un moreno claro y simpático. Una cadena con menudos eslabones de oro guarnecidos de brillantes caía de su garganta para descender por cima de su túnica hasta la mitad de su pecho, palpitante en esta ocasion de amor y felicidad.

El caballero Fernan-Gomez, anunció doña Beatriz abriendo una pintada mampara.

—Dejadle entrar.

La dueña desapareció, y *Banda Azul* entró en la estancia de la fascinadora *houri*.

El traje de *Banda Azul* consistía en un sayo corto de brocado

con guarniciones de pielés, calzas de grana y borceguies de ante bordados, con doradas espuelas. De su cinturón pendían una limosnería de gran precio, un puñal de misericordia, y una espada de corte con empuñadura dorada y esquisitamente cincelada. Un manto blanco, en cuyo costado izquierdo estaba bordada una águila que arrebatava á una paloma, caía de sus hombros; una gorra de brocado en cuyo joyel le prendía una hermosa pluma, hacia su mano derecha, interin una *Banda Azul* puesta sobre su sayo y con el mote «*Quiero mas*» formaban en fin su traje, que unido al interesante físico del joven guerrero, hacia que *Banda Azul* fuese para los ojos de todo observador un tipo caballeresco tan simpático como interesante.

—¿Fernan! exclamó la joven radiante de alegría, y cuya grata sensación ocultó entre su pañuelo y manos temblorosas.

—¿Clotilde!!! repitió en otra exclamacion de ventura el caballero corriendo á los pies de la joven y colocando una de sus rodillas sobre la muelle alfombra.

La hija de Sancho Perez tendió su mano agitada á Fernan, quien tomándola ansioso, imprimió con sus labios de fuego un ósculo de amor sobre el sedoso cutis de aquella mano tan querida para él... A esta escena muda, pero vehemente, siguieron algunos instantes de completo silencio.

—Señora, dijo al fin *Banda Azul*, cinco años hace que me separé de vuestro lado para ir en busca de un nombre que derecho me diese para solicitar vuestra mano y vuestro cariño. Hijo de humilde cuna, tenia sin embargo un corazón emprendedor, y confiaba que mi espada y lanza me proporcionarían algun dia una posicion social digna de la vuestra. Con este propósito dejó una noche vuestro palacio de Valladolid. Abandoné, si, aquella mansion que encerraba un anciano guerrero á quien todo lo debía, y me separaba lleno de tristura de la diosa de mis amores, á quien mi destino adverso me ordenaba dejar, y á quien no volveria á ver, y de ser así era mas que probable la encontrase unida á otro hombre, si no tan digno, al menos mas afortunado...

—Ya veis, Fernan, que no es así... interrumpió la joven, y á pesar de los sentimientos honrosos que os impulsaron á obrar de esta manera, fuisteis muy cruel... dejasteis el castillo de mis padres sin darnos un solo adios.

—Clotilde! repuso *Banda Azul* con eco conmovido; al par que en su semblante se leía lo grata que le era esta reconvenccion amorosa. Cuando partí con las lanzas de vuestro padre que se dirigia á las órdenes de su rey para castigar al de Portugal, ya, señora, llevaba en mi corazón de humilde paje el amor por la hija de un marqués; pero comparando la desigualdad de los objetos con los pensamientos elevados que me animaban, ni jamás pensé en revelarlos á quien con sus encantos y virtudes los impulsara, ni mucho menos que llegase este feliz momento de oír de vuestra boca un lenguaje que reanima hasta la mas débil cuerda de este corazón que tanto os ama. Dos sucesos grandes, extraordinarios para un hombre de noble cuna, peligrosos para uno de mi clase, sobrevinieron despues. Si, en medio de una lid sangrienta, corria inminente riesgo la vida de vuestro padre y mi protector. Salvé, es cierto, de una muerte casi segura á quien debíais el ser, y mi sangre señaló este servicio, que pagado fuera de antemano con el apoyo que me dispensara el señor marqués, y luego nombrándome tambien alférez de una de sus mesnadas. Habia dado un paso mas hacia vuestra persona, pero faltábame un espacio inmenso que recorrer. Una noche en que me dirigia solo, á Valladolid con el carácter de *Faraute* para dar á vuestra madre nuevas de mi señor, cuando faltándome solo media legua para llegar al término de mi viaje, el tropel de un caballo y los ayes de una mujer hicieron lanzarme en el bosque espada en mano con objeto de desfacer agravios que acaso podian ocasionarle á alguna dama. Esa dama escuso decirlo quien era, Clotilde. Vuestro raptor abandonó su presa; pero sin embargo no marchó tan salvo que no dejase caer su oreja izquierda ante el filo de mi espada. Infructuosa la persecucion del malvado por la oscuridad de la noche y cansancio de mi caballo, retrocedí en vuestra busca para conducirlos á Valladolid.

Este segundo acontecimiento con la hija del que hacia seis dias habia salvado junto á Zamora, en un caballo de blasonado escudo, habrian sido motivos que podian haber influido poderosamente para aspirar y merecer la mano de la rica y única heredera del señor marqués del Riazal; mas ejecutados por mí, simple alférez de una mesnada, consideré como el mayor premio esta banda azul que de orden de vuestra madre me regalásteis. No obstante, estos sucesos, como era de esperarse del alma elevada y del corazón magnánimo de mis señores, me produjeron diariamente mil afectuosas pruebas de predileccion. El regreso despues del señor marqués acabó de llenar la copa de los infinitos favores que á cada instante se me prodigaban. Estas esmeradas y repetidas atenciones debían de producir su efecto, Clotilde; mi corazón rebosaba gratitud, pero no podia contener la llama de un amor tan vehemente, como reservado con tanto esmero; creí que al fin se habia de conocer por vos, y entonces las consecuencias me serian fatales. Antes de llegar este caso, busqué en la ausencia, no el enfria-

miento de una pasión que me abrasaba el alma, sino un lenitivo á mi continuo sufrir y que me evitase mayores dolores y sufrimientos. Dijeis, Clotilde, que me alejé del palacio sin daros un solo adiós!... No, Clotilde, no; la última noche que moré en Valladolid, la pasé de rodillas á la puerta de vuestra cámara; si, humedecí con mi llanto la alfombra que conducía á vuestro dormitorio, y os di allí mi adiós postrero; pero uno de esos adios tristes que despedazan el corazón del que los pronuncia dejando á su alma herida mortalmente. Presentarme á vos hubiera sido una imprudencia... yo había sospechado en vuestras miradas, en vuestras galantes predilecciones, que el alférez Fernan no os era del todo indiferente; por lo tanto procurar una entrevista habría sido crear dos víctimas y aumentar el sufrimiento; por eso quise padecer solo. Despedirme de vuestros padres no era posible; ellos impedirían mi partida; ó al menos me exigirían el móvil de mi proceder. ¿Qué había de contestar? ¿Diría que un infausto amor por su hija impulsaba mi determinación? ¿Alegaría un pretexto? No, ni una ni otra cosa. Fernan no revelaría á nadie los arcanos de su corazón, ni jamás acudiría á la falsía como auxiliar.

En aquella noche dolorosa y cruel, y para mí de mayor prueba, tomé el camino de Córdoba, en cuya ciudad hice grabar sobre vuestra banda azul un mote que deberá ser la divisa de todas mis futuras empresas. «*Quiero mas*»; puse esta inscripción, porque si de vuestra mano recibí la banda; si en vuestros ojos había leído el singular afecto con que me distinguáis, aun *quería mas*, Clotilde, pues quería vuestra mano con vuestro corazón.

Aquí el joven *Banda Azul* hizo una ligera pausa, interin la hija de Sancho Perez continuó inmóvil y silenciosa, fijas sus pupilas de árabe en el alfombrado. Varias veces vino el llanto á sus órbitas; mas esforzándose no le dejó correr; la conmovida niña no quiso interrumpir con sus lágrimas el vehemente y caballeresco lenguaje del que estaba á sus pies. Esta tácita contestación, que vale mas en ocasiones que la respuesta mas benévola, reanimó á Fernan, que prosiguió de nuevo su interrumpida y amorosa manifestación.

Llegado que hubé á la corte de nuestros reyes, me arrojé á los pies de la reina Isabel, y allí postrado la manifesté sucintamente mi graduación en la milicia y los imperiosos deberes que como hombre honrado me impulsaban á dejar el palacio de mis protectores. El resultado fué una orden para ser admitido en las lanzas Reales. Dias después partimos al sitio de Ronda, y no sé si mi espada, ó la benevolencia del monarca me adquirieron á los seis meses el grado de jefe de escuadron y el alto honor de ser armado caballero sobre el mismo campo de batalla. «*Quiero mas*» decía mi divisa; pero era preciso ó morir ó dar cumplimiento á su significación.

Una banda de cordobeses se deslizo por los Pedroches; solicité su persecución, y conseguido el superior permiso, me lancé sobre los ginetes moriscos con solos diez ginetes escogidos de mi escuadron: el resultado os será conocido, como no lo ignora todo este país. Sin embargo, siempre perseguido por un hado adverso que parece enlazado á la humildad de mi pobre cuna; cuando feliz y vencedor me disponía á regresar á mis filas, fui asaltado por un número de guerreros desconocidos, cuya procedencia era de este castillo, en el cual se tenía proyectado colgarne de una de sus almenas.

—Fernan! Fernan! exclamó Clotilde asiendo con interés la mano del caballero. No penseis que el marqués del Riazal obra en ello por sí mismo. No: el alférez don Nuño del Corral ha sido quien arrojó contra vos al temerario Hernan Carrillo, y él que impulsaba á mi querido padre á cometer una injusticia. Si, Fernan, don Nuño y el cenobita son solos los responsables.

—Pues bien, Clotilde, la providencia protege á los malvados hasta cierto tiempo, es decir, les concede un plazo de arrepentimiento; pero finado este, su cólera es inexorable... Eso ha sucedido anoche con vuestro raptor en Valladolid.

—¿Qué decís, Fernan!

—Ramírez, ese hombre malvado que abusando de la confianza que el señor marqués del Riazal dispensará á su mayordomo al partir para la guerra de Portugal, monstruo que guiado por un feroz y lúbrico deseo, os arrebató de vuestro palacio, y cuya acción villana cortáran á tiempo mi presencia y mi zona, ha dejado anoche de existir al querer satisfacer los deseos de don Nuño y sus instintos de venganza contra quien en un bósque interrumpió su tenebroso plan.

—¿Luego el cenobita!... repuso la joven radiante su faz hermosa de júbilo y agradecimiento.

—Era bajo su largo ropaje el mayordomo en Valladolid del señor marqués. Si, Clotilde, en el tiempo que he estado ausente de vuestro lado he recorrido casi toda mi patria, sin que mis pesares de un amor y mis venturas de guerrero me hiciesen olvidar mi primera misión sobre la tierra, que estaba reducida á indagar el paradero del malvado para darle su merecido castigo: el destino, desde ayer mas propicio conmigo, le trajo á mis manos para deciros hoy que ya heló el frío de la muerte el corazón del que intentó abusar de vuestros encantos de diosa.

—Pues bien, Fernan, dijo la hija del marqués con eco solemne, cubriendo sus mejillas el pudoroso color de una mujer pura y apasionada; os prometo que esta mano será solo vuestra, y que mi corazón á vos únicamente pertenecerá.

Acto continuo se desprendió de la hermosa cadena que llevaba sobre su ebúrneo cuello, y la colocó sobre el sayo del feliz *Banda Azul*.

—¡Dios eterno!... exclamó este fuera de sí al escuchar esta promesa que colmaba todos los deseos de su corazón agradecido y henchido de amor y felicidad... Quisiera morir en este instante de ventura y bella ilusión, que mañana mi pobre cuna ha de convertir en dolorosa realidad. Mas cualquiera que sea mi sufrimiento, lo sobrellevaré gustoso, porque el recuerdo de esta hora será el precioso antídoto de mis padecimientos. Voy á partir, Clotilde. Mis banderas me llaman como buen soldado; mi amor me detiene, y mi espada y mi brazo son de nuestros reyes y de nuestra patria; el postrer latido de vuestro corazón sola vos lo podéis llamar vuestro. Allá en el campo del orgulloso árabe buscaré ó una muerte honrosa, ó hallaré un nombre que me saque de la oscuridad en que nací, logrando romper esa maldita valla que hoy separa, pero que no basta á impedir la eterna unión de nuestros corazones.

—El cielo os oiga, Fernan, repuso con voz balbuciente la joven, interin de sus hermosas órbitas se deslizaba un torrente de preciosas perlas. Llegue un día en que á la faz del mundo entero pueda ostentar un amor que hace mucho tiempo oculto en mi oprimido... adios... adios...

Clotilde no pudo proseguir, ahogada con sus dolorosas emociones; alargó su mano de nieve y temblorosa al consternado caballero, en la cual este imprimió mil veces sus labios de fuego y la estrechó contra su corazón palpitante de amor y felicidad.

CONCLUSION.

Dos años después la capilla del castillo de Maqueda estaba ricamente alhajada é iluminada con mil antorchas. Dos jóvenes seguidos de un numeroso y aristocrático acompañamiento se unían en el templo del Señor con los indisolubles lazos de Himeneo. Estos dos jóvenes tan afortunados eran Fernan Gomez y Clotilde de Sancho Perez. El primero en la toma de Málaga y después en las márgenes del Darro y Genil había conquistado con su lanza y heroicidad el título de conde de la Rivera, y Clotilde además de su blasonado escudo le ofrecía un alma angelical y un corazón magnánimo, hermosas dotes que habían de labrar á ventura de Fernan, mas que las inmensas riquezas que su esposa le llevara, porque ni una elevada cuna, ni los tesoros de las Californias nada significan al lado del amor y de la verdadera nobleza que nace del corazón.

Don Nuño, según nuestros apuntes, el día de la primera entrevista de nuestros amantes en el castillo de Maqueda, había desaparecido ya de la fortaleza sin saberse después mas de él. Sancho Perez, feliz con sus dos hijos, descuidando el espinoso cargo de gobernador en la bravura y pericia militar de su yerno, se entregaba libremente con Pero Martin á la caza, única y favorita diversión de los señores de la edad media. Pero Martin pasaba una vida de príncipe, y cuando se encontraba en el castillo de los dos esposos, quitándose su gorra de pieles exclamaba:

¡Dios bendiga vuestra unión, pues que ella es el fruto del heroísmo de mi joven señor, y el justo premio de la constancia y virtudes de la mas bella y mas virtuosa dama que nació en Castilla!

Madrid marzo 15 de 1835.

FELIX MONTERO y MORALES.

EN UN ALBUM.

Cosas de la época.

Al saber que á una viuda sin riqueza
Hijas ocho la dió naturaleza,
Otra viuda exclamaba, entre gemidos:
¡Dónde, amiga, hallarás ocho maridos!
Y la madre, que no es de las mas zotes,
El caso es, contestó, hallar ocho dotes...

Diciembre de 1834.

EL BARON DE ILLESCAS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. A'habra.